

Soy Levate de nuevo.

Los piratas se os han adelantado y ya han entrado en la villa. No hay tiempo que perder, ya han empezado a cautivar a nuestros vecinos y las primeras casas de la calle Cádiz ya están en llamas. Un vecino llamado Garciméndez ha perdido la vida al enfrentarse con un grupo de piratas al defender a su esposa y siete hijos; los cuales ya se encuentran con un pie en Berberia. Por suerte este hombre no poseía el fragmento del libro que andan buscando. Si queréis detener su avance debéis daros prisa antes de que lo encuentren.

**En este hogar ya no hay nadie que acuda a un rebato... LXII/XII/VI**

## ZARPA LA EXPEDICIÓN DE BEJER

Tal y como habían acordado al mediodía, Aysha y Fernando fingieron vomitar varias veces y se excusaron para marcharse. Éstos volvieron hasta Tetuán, pero antes de entrar en la ciudad tomaron un camino hacia el norte que les conducía directamente hasta Cabo Negro. Al atardecer, cuando la luna subía desde el horizonte, los remeros de la barca ya estaban preparados; sólo esperaban la llegada de los pasajeros para zarpar. Fernando se vistió con sus antiguas armas y ropas castellanas al igual que los dos renegados que les acompañaban. Los que harían de esclavos vestían chilabas viejas que escondían en su interior cimitarras y dagas por si hiciera falta defenderse. Aysha se había vestido con una cobija, atuendo típico de Bejer y de la comarca: una saya negra con un manto del mismo color que le tapaba la cara casi por completo. En el interior también guardaba su arma, una daga de oro con incrustaciones de piedras preciosas que su madre encontró, años atrás, en el tesoro que se disponían a recuperar. Llegado el momento se despidieron y subieron a la chalupa. En su interior había redes y aparejos de pesca, además de dos caballos maniatados y con la cabeza metida en un saco. Aysha se acomodó en la proa de la barca. Estaba deseando llegar a Bejer para contemplar su belleza y poder pasear por sus calles. Embarcaron el resto de los ocupantes y zarparon con rumbo noroeste. La noche estaba tranquila y soplabla una brisa suave de poniente. Si todo iba bien, antes del amanecer estarían en su destino.

La travesía fue muy tranquila. Aysha, desde su asiento, veía cómo la silueta del Djebel Mussa se hacía cada vez más grande. Majestuoso monte del Estrecho, pensó al pasar junto a su base. Desde allí abajo parecía más grande aún. Poco a poco se fueron alejando de las costas marroquíes océano adentro. La luna iluminaba la superficie del agua y marcaba las siluetas de la costa hacia la que iban. Todos guardaban silencio, sólo salían leves gemidos de la boca de algún remero al avanzar con su remada. Aysha se quedó sorprendida al escuchar a su tío decirles que se fueran preparando para hacer un desembarco rápido. Le pareció que apenas acababan de salir de Martil y ya estaban en su destino.

Atracaron la barca en una pequeña playa que Fernando identificó como El Cañuelo. Aysha desembarcó en la orilla mientras los hombres bajaban los caballos y el resto de enseres. Contempló cómo los primeros albores empezaban a iluminar el contorno vertical de las sierras que se extendían a su alrededor y empezaban a tomar un tono plateado las paredes junto a las que estaban. Un arroyuelo seco abría un camino por el bosque de alcornocques, lentiscos y jaras que rodeaban la playa. Cuando estuvieron dispuestos la barca zarpó. Se adentraron sigilosamente en el bosque por el arroyo y subieron por todo el cauce hasta llegar al nacimiento, donde se abastecieron de agua y pararon para ultimar detalles.

-A partir de este momento tendremos que desempeñar los papeles que hemos

trabajado toda la semana. Aysha, tú serás mi hija y te llamas Catalina como tu madre. A los demás os llamaré por vuestro nombre; y recordad que somos un grupo de tratantes de esclavos que vamos a Sanlúcar con un encargo especial del Duque. Subiremos por esta ladera hasta el Risco Rubio. Desde allí podremos observar bien la ruta. Después bajaremos por una vaguada que nos conducirá hasta los límites de la laguna de la Janda, por donde pasa el camino de Tarifa a Bejer. Rezad todo lo que sepáis para que no nos descubran. Si nos apresaran no tendrían piedad de nosotros y seríamos colgados a la puerta de la villa.

Reanudaron de nuevo la marcha, por la ladera de la sierra, con Fernando al frente seguido por Aysha. Los once hombres y los dos caballos cargados les seguían. Cuando llegaron a lo que parecía un antiguo poblado abandonado junto al punto más alto de la ruta, Aysha y Fernando subieron por unas escaleras esculpidas en la piedra hasta el otero natural que la montaña les ofrecía. La mujer se sentó en lo que parecía una silla labrada en la roca y contempló el paisaje. Aysha no esperaba ver algo tan bello como lo que vio. Tenía una panorámica perfecta de todos los territorios que la rodeaban. Miró el angosto camino por donde habían llegado desde la playa. Después los primeros rayos de sol comenzaron a iluminar el perfil de una tierra que conocía bastante bien.





Las montañas del Riff parecían un mar revuelto de rocas que se perdían entre nieblas matutinas de colores anaranjados. Delante de ellas, una delgada franja de agua que la separaba de su tierra y un pico de costa que parecía cortar el mar en dos. Allí se veía un pueblo amurallado con un castillo y al lado una gran isla que parecía otra fortaleza; debía ser Tarifa. Estaba tan acostumbrada a mirarlo desde la perspectiva contraria que no podría confundirse con otro pueblo. Siguiendo el horizonte, desde el mar hacia el levante, una vasta extensión de sierras pegadas unas a otras formaban un bosque gigantesco que cubría la mayor parte de su campo de visión. Buscando el final de éstas descubrió una gran laguna que inundaba el fondo del valle. Por encima del agua había miles de aves que la sobrevolaban en círculos. Aquel lugar le pareció uno de los más hermosos que jamás había visto. Por la ribera se distinguía un camino que la bordeaba y conducía a los pies de otra sierra. Un reflejo blanco llegó hasta sus ojos y descubrió que en lo alto se distinguía un pueblo. Enseguida supo que se trataba de Bejer. Tras observarlo durante un rato absorta en sus pensamientos, siguió oteando el horizonte que se rompía en un acantilado y caía verticalmente, para continuar después con la línea recta del mar. Por aquellas playas debía estar Conil y el punto de recogida. Con lo que había visto en los mapas se podía hacer una idea fiel del punto exacto donde se encontraba; tenía la sensación de haber estado antes allí.

Cuando Aysha y Fernando bajaron al encuentro del resto de la compañía continuaron con el viaje. El trayecto hasta la laguna fue bastante tranquilo. Apenas se



cruzaron con tres o cuatro lugareños que se dirigían a sus faenas cotidianas en el campo. Una vez en la laguna pararon para que los caballos bebieran y para comer algo. Aysha pudo comprobar de cerca el vergel donde se encontraba. Antes había visto pájaros grandes sobrevolando el agua, pero en ese momento pudo contemplar miles de pequeñas aves que buscaban insectos o pequeños peces que llevarse al pico. Vio cómo una puerca y sus pequeños lechones bebían agua a escasa distancia de donde estaban. Observando esto, Fernando la sacó de su contemplación poniéndose un dedo en la boca para pedirle silencio. Con el mismo dedo señaló un poco más adelante de donde estaban los jabalíes. Allí, ante su asombro, encontró un gran oso pardo que miraba atentamente el agua en busca de pescado. Se levantaron con sigilo para no llamar la atención de semejante animal y volvieron con el resto de la compañía.



Cuando pasaban cuatro horas del mediodía, tras un largo y caluroso camino por las orillas de la laguna, por fin se estaban acercando a su destino. Fernando les repetía una y otra vez el comportamiento que debían seguir. Tenían que pasar desapercibidos si querían recuperar el tesoro y volver ilesos a Tetuán. Pero no era tarea fácil; por el camino se habían cruzado con varios vecinos que no paraban de santiguarse y de escupir al suelo cuando veían la compañía que se dirigía a Bejer. Aquello ponía muy nerviosos a los mercenarios. Fernando tuvo que azotar a uno de ellos que estuvo a punto de sacar su cimitarra para agredir a un paisano que le escupió a la cara. Si aquello volviera a ocurrir terminarían con el cuello dentro de una tosca sogá, así que decidió tomar precauciones y unió a los esclavos por las manos con una cuerda. Eso les recordaría la misión en la que se encontraban y daría un poco de confianza a quienes se cruzaran con ellos.

Dejaron atrás la laguna y enseguida llegaron a las orillas del río Barbate por donde transitaba un doble camino; uno de tierra y piedra por el que ellos caminaban, y el otro una corriente de agua. Algunas embarcaciones de pesca y otras naos de medio calado entraban y salían del puerto de Bejer. La Villa ya se veía majestuosa en lo alto del cerro. Fernando sintió un escalofrío al recordar la última vez que estuvo allí. Habían pasado cuarenta años y parecía como si hubiera sido el día anterior cuando su hermana y él huyeron por aquel río. Todavía no veían la villa pero él sabía que estaba muy cerca. Decidió ultimar detalles antes de que hubiera más gente.

-Catalina, a partir de ahora tú no te separarás de mí. José y Jonás, vosotros iréis al principio y al final de la fila de esclavos. Al resto solo deciros que no dudaré en matar yo



mismo al que vuelva a poner en peligro la expedición. A la vuelta de ese cerro por donde va el río está el puerto. Cruzaremos el puente y sin parar subiremos hasta Bejer. Si alguien se dirige a vosotros, seré yo el único que responda. Nadie dirá una palabra si no es para dirigirse a mí, ¿entendido? –todos asintieron y Fernando continuó-. Cuando entremos por la puerta de la villa habrá varios soldados del duque; no os pongáis nerviosos, tenemos un salvoconducto con el sello del Ducado de Medina Sidonia para comerciar con esclavos. Nos adentraremos en el pueblo e iremos directamente a una fonda que hay cerca del castillo. Nos instalaremos en los establos y allí esperaremos a que los turcos hagan su trabajo.

Sin decir una palabra más ni dar lugar a réplicas, Fernando comenzó a

caminar. Aysha, ahora Catalina, se cubrió la cabeza con la cobija dejando a la vista apenas un filo de su rostro. Una vez lo tuvo bien colocado siguió a su tío. El resto de la compañía ocupó también su lugar. El nerviosismo se veía en sus caras pero al caminar durante unos minutos se fueron serenando.

## UN ENCUENTRO INESPERADO

Al girar la última curva del camino comenzaron a aparecer algunas casas y cuevas. Luego se iban acercando más y más al río y cuando estuvieron junto a la orilla se vieron sumergidos en el bullicio del puerto. A su izquierda los barcos cargaban grandes toneles que elevaban con poleas e introducían en sus bodegas; otros las vaciaban dejando espacio para ser cargadas de nuevo. El camino se ensanchaba hasta hacer suyo todo el plano por donde transitaban hombres y bestias sin orden ni concierto. A medida que avanzaban, la gente se apartaba para dejar paso a la extraña compañía. Algunos se santiguaban sin parar y otros les insultaban y escupían al suelo. Pero esta vez todos mantuvieron la calma y nadie hizo nada por defenderse. Allí donde el camino empezaba a estrecharse se veía un viejo puente fabricado con barcas de madera. Se dirigieron rápidamente hacia él con el fin de evitar más conflictos. Antes de poner el pie en el primer tablón, un jubilado les detuvo:

-Buenas tardes, caballero –dijo el viejo dirigiéndose a Fernando–. Veo que lleva material de primera calidad. Necesito algunos hombres fuertes para trabajar el campo. ¿Cuánto pide por cuatro?

-Lo siento mucho, señor. Estos esclavos son un encargo especial que me hicieron para la casa ducal y no están en venta. El mismo duque me los encargó personalmente hace unos meses.

-¡Ese maldito niño se lleva siempre lo mejor! A saber para lo que quiere Don Alonso a estos hombres... -y bajando la voz dijo con tono burlón- ...Me han dicho que el joven pasa más tiempo “revisando” las dependencias de su guardia personal que velando por los intereses familiares. Aunque mirándolo bien es preferible eso que a lo que nos tenían acostumbrados su padre y hermano. Esos sí que eran perros. Se apropiaron de los terrenos comunales del pueblo e impusieron impuestos desorbitados que hoy en día seguimos pagando. ¡Como si el diezmo no fuera suficiente!

A Fernando le costó menos de un minuto reconocer a aquel hombre viejo y arrugado. Era el padre de uno de sus mejores amigos de la infancia e íntimo de la familia. Con ellos compartió más de un día de vendimia cuando todavía era un chiquillo. Parecía que el destino estaba de su parte. Aquel hombre vivía cerca de su antigua casa, tal vez si tratara con él resolvería el alojamiento.

-¡Veo que tiene aprecio al duque! -dijo Fernando riendo-. Tal vez, si nos consiguiéramos hospedaje para esta noche, mañana estaría dispuesto a venderle un par de ellos a buen precio. Mi nombre es Fernando y viajo acompañado por mi hija Catalina, mis hombres de confianza y este grupo de escoria que adquirí el otro día por encargo del duque.

-¡Encantado de conocerle! Yo soy Alonso Basallote. Es posible que lleguemos a un trato. En mi casa tengo un establo donde podrían quedarse sus hombres con los esclavos. A usted y a su hija podría ofrecerles unas dependencias más dignas -dijo

Alonso complacido por la oferta de Fernando. Y con aire pensativo le espetó-. Hay algo en usted que me es muy familiar. ¿Tiene familia en Bejer, amigo Fernando?

-Hace muchos años mi familia trabajaba el campo de Bejer y las almadrabas del duque. Pero con la conquista de Granada emigramos buscando fortuna y nos instalamos en aquella ciudad. Allí emprendimos un lucrativo negocio con la venta de esclavos. Estos mismos los apresamos hace un mes en una incursión que pretendían hacer en Almuñécar.

-Tal vez sea de eso -dijo Alonso-. Vayamos pues hasta mi casa, está arriba, en el pueblo. Aquí ya no me queda nada que hacer. Mi hijo Ambrosio puede hacerse cargo.

Alonso se dirigió hasta un barco que estaban cargando y empezó a hablar con un hombre de mediana edad y con un mancebo de unos quince años. Fernando enseguida reconoció a su viejo amigo Ambrosio. Tenía la misma expresión que cuando eran de la edad de aquel chiquillo. Fernando no podía permitir que lo viera en aquel instante. Si al viejo le había resultado familiar su cara, estaba convencido de que su hijo le reconocería al instante. Así que esperaron en la distancia a que volviera el viejo para acompañarle al pueblo. Tras una breve conversación, el anciano montó ágilmente a su caballo y fue hasta ellos acompañado por el joven.

-¡Este es mi ahijado Juan! Es el nieto de mi hermana, casada con un Relinque, pero es como si lo fuera mío. Sus padres tienen varios hijos y a nosotros nos viene bien su ayuda en el campo y la cantera. Es un chico muy inteligente. Apenas cuenta con quince

años y ya sabe leer y escribir. Hoy mismo tuvo sus lecciones con el clérigo Pedro de Medina. Una vez a la semana viene para enseñar a Juan y a otros chicos de Bejer.

-Encantado de conocerte –dijo Fernando saludando al chiquillo.

-Igualmente, señor –dijo el chico contemplando a Fernando y al resto de la compañía.

-Mi hijo Ambrosio tiene que quedarse para llevar a la bodega de Conil un cargamento de barriles vacíos –en aquel momento Fernando respiró tranquilo al saber que su viejo amigo no lo vería-. Vayámonos ya. Es una distancia corta pero se hace larga. Sobre todo los días de viento en calma como hoy; creo que está a punto de saltar el Levante. Será mejor que monte a uno de sus caballos, señorita Catalina. La subida a Bejer y la cobija no se llevan muy bien. Fernando, monte usted el otro caballo y charlemos por el camino.

-Será un placer hablar con usted. Espero que me cuente todo lo que ha pasado por aquí desde que no vengo a esta tierra –Fernando sentía verdadera curiosidad por todo cuanto pudiera haber acontecido en Bejer.

Juan ayudó a Aysha a subir al caballo. Cruzaron el viejo puente de barcas y emprendieron la subida en compañía del viejo. Alonso no paraba de maldecir sobre el Ducado. Entre él y su ahijado les contaron decenas de abusos que habían sufrido los vecinos por parte del anterior duque y su padre. Pero no les contaron la historia de su familia; tal vez más tarde se animaran a preguntar algo.

A medida que avanzaban por el puente, Aysha contemplaba por el hueco que le dejaba la cobija todo cuanto acontecía a su alrededor. Todo era como le había contado su madre cuando era niña: las pequeñas barcas que arribaban o zarpaban; los barcos que seguían con sus tareas de carga y descarga; los arrieros que iban y venían con sus juntas de retintos cargados hasta los topes de barriles; también veía a otras mujeres, que como ella llevaban aquella cobija, enzarzadas en sus quehaceres diarios entrando y saliendo de las cuevas; por otro lado, un grupo de chiquillos corrían por el margen del río jugando y zambulléndose una y otra vez en el agua. Aquella vida que contemplaba no era tan diferente de la que ella misma y los suyos llevaban al otro lado del Estrecho.

Giraron por un pequeño repecho a la derecha y se encontraron con la primera cuesta. A medida que subían, la foresta se hacía cada vez más densa alrededor de ellos. Los alcornocques y acebuches formaban un túnel a su alrededor. Después de una curva otra y luego otra. Así hasta llegar a las primeras casas del pueblo donde la vegetación desaparecía y, en su lugar, se erigían pequeñas casas de piedra y adobe blanqueadas con cal. Tras girar en varias callejuelas que parecían no tener salida, llegaron a la plaza que había delante de la puerta de la villa. Mucha gente se dirigía hacia el interior de la muralla. Ya estaba empezando a caer el sol y todos volvían a sus hogares después de un largo y caluroso día de labor en el campo. En la misma puerta había tres soldados charlando cuando llegaron Aysha, Fernando y los demás, acompañados por Alonso.

-¡Alto!, ¿quiénes sois y a que venís a Bejer? -preguntó el que parecía ser el cabecilla de los tres.



-¡Es un viejo amigo de la familia que viene en viaje de negocios! -dijo Alonso con voz seca dirigiendo una mirada desafiante al soldado-. Trae un grupo de esclavos que tu señor, Don Alonso, le ha encargado personalmente.

-¿Tiene algún salvoconducto que lo atestigüe? -preguntó con recelo el soldado.

-¡Claro que sí! Aquí tiene usted -dijo Fernando metiendo su mano en una alforja y sacando el pergamino para entregárselo.

-¿Cuánto tiempo pasarán en Bejer? -preguntó el soldado examinando el pedazo de papel con la firma del anterior duque, Don Enrique Pérez de Guzmán, y el sello de lacra del Ducado.

-Mañana mismo partiremos hacia Sanlúcar; allí, en el Palacio Ducal, entregaré la mercancía -Fernando hablaba con tranquilidad pero su corazón latía con tanta fuerza que escuchaba más fuertes sus latidos que las palabras del soldado. Si aquel hombre leía la firma del anterior duque podría sospechar algo y dar al traste con todo.

-¿Dónde se alojarán esta noche?

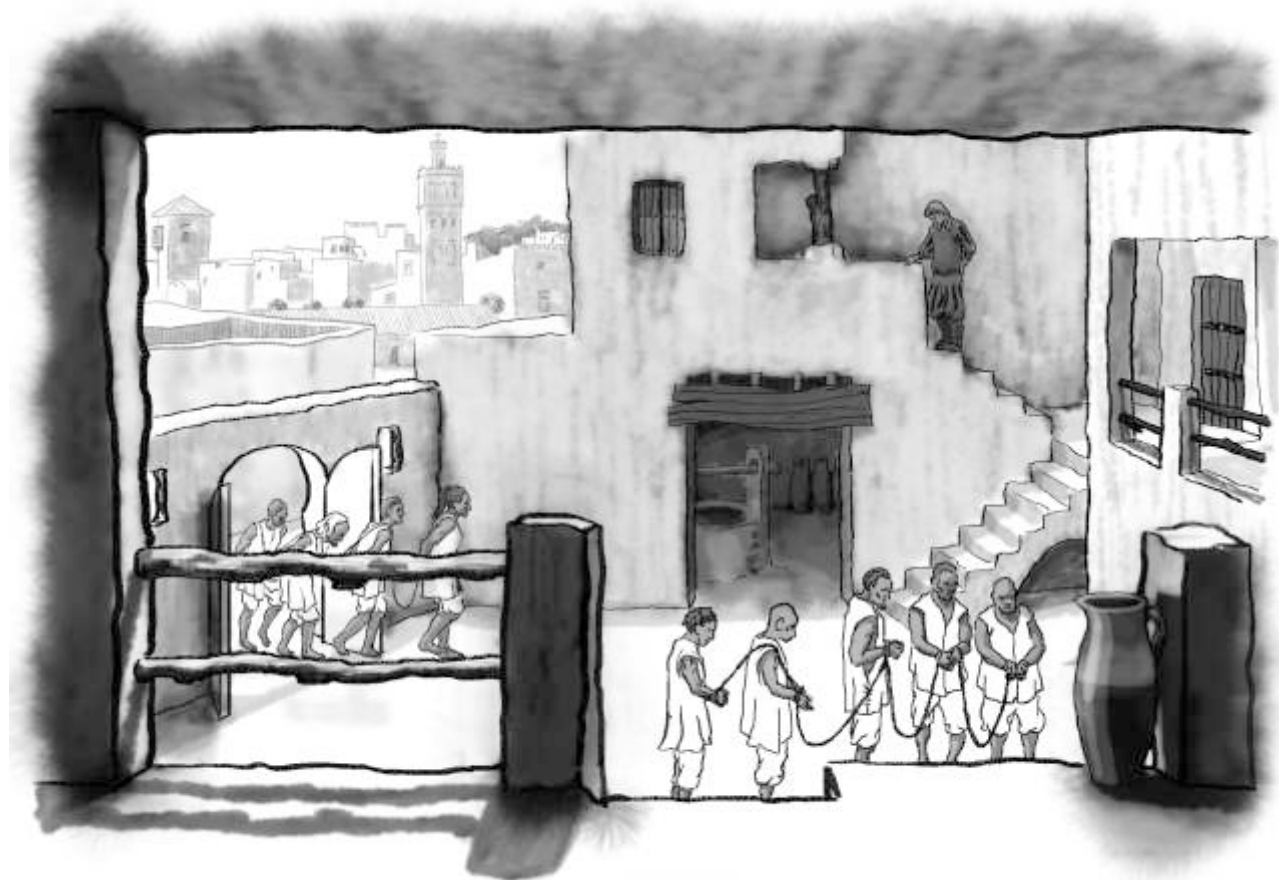
-Se quedarán en mi casa. Ya te he dicho que son viejos amigos de la familia -dijo Alonso con poca paciencia haciéndole un gesto con la mano para que aligerara.

-Está bien, adelante -dijo el soldado enrollando el legajo y entregándoselo de nuevo a Fernando. Por suerte para todos el soldado parecía no saber leer y se conformó con ver el sello del duque.

Cuando cruzaron la puerta, todos respiraron más tranquilos. Aún así, Alonso

había percibido el nerviosismo que Fernando había intentado disimular ante los soldados. Era un hombre viejo y había aprendido a observar las actitudes de los demás.

Aysha seguía contemplándolo todo desde la penumbra de su cobija. Su mente se había transportado a los recuerdos de su infancia, cuando su madre y ella paseaban por las calles de Chefchaouen y ésta le hablaba del pueblo donde había nacido. Le contaba que su padre había mandado construir la Medina a imagen del pueblo natal de su amada para que no se sintiera desplazada. Ahora era ella misma quien paseaba por aquellas calles estrechas de paredes enjalbegadas. Era tan hermoso como le había dicho y también era cierto que los dos pueblos guardaban un parecido increíble. No concebía que un hombre tan hosco como Alí ibn Rashíd pudiera tener un detalle tan bello con nadie. Lo iba observando todo y parecía como si la voz de su madre volviera a su memoria para describirle cuanto veía. Una lágrima resbaló por su mejilla: por fin estaba en el pueblo de su madre. Sentía rabia por tener que entrar de aquella manera en Bejer. La guerra entre religiones era algo que jamás entendería; todo sería más fácil si se respetaran las creencias ajenas, pero sabía, por su experiencia política, que los intereses de unos pocos hombres condicionan las vidas del resto. Sintió mucha pena al pensar que aquella sería la primera y la última vez que estaría allí, aunque era más de lo que había esperado. Otra lágrima salió de sus ojos recorriendo el mismo camino que la anterior.



Por fin llegaron a la casa de Alonso. Este se detuvo ante una gran puerta de madera y llamó sin bajarse del caballo. Un sirviente abrió las dos hojas de la puerta y entraron todos. Una galería de vigas de madera sujetaba el piso superior alrededor de un patio. Alonso avanzó con el caballo hasta el centro y allí se apeó. Aysha y Fernando también lo hicieron; el resto de la compañía entró tras ellos.

-Tiene usted una casa muy bonita -dijo Fernando con la voz un poco ronca mientras contemplaba todo detenidamente.

-Lo cierto es que sí. Se la compramos al duque hace ya unos años. Perteneció a un viejo amigo que murió fortuitamente durante un extraño incendio. Pero lo más raro de todo es que no aparecieron jamás sus hijos. La teoría de algunos es que ellos mismos les mataron y huyeron; pero yo sé que no fue así. Mi gran amigo, Gonzalo, tenía muy buena relación con sus hijos pero muy mala con el duque. Días antes del incendio mi compadre fue hasta Sanlúcar para hablar con Don Enrique en calidad de alcaide. El susodicho duque comenzó en aquel entonces a invadir las dehesas de los comunes con sus bueyes. Gonzalo, como representante de los vecinos, debía velar por los intereses del pueblo y exigió a Don Enrique que sacara su ganado de allí. El noble alegó ser el señor de la villa y de sus tierras, por lo que haría en ellas lo que le viniera en gana. Días después de esta visita la casa ardió y encontramos muertos a nuestros amigos. No hayamos rastro de sus hijos, Catalina y Martín. Luego llegó Don Enrique Pérez de Guzmán diciendo que

aquella familia tenía una deuda con el Ducado y que todas sus propiedades pasaban a ser suyas. Al poco tiempo, yo mismo le hice una oferta por la casa en ruinas y me la quedé. No podía permitir que la memoria de mi gran amigo, Gonzalo Fernández, se perdiera.

Escuchando estas palabras Aysha descubrió dónde se encontraban. Buscó la mirada de su tío para confirmar su sospecha pero Fernando tenía la vista fija en el cuarto que albergaba el pozo. Entonces supo con certeza que habían llegado directamente a la casa de su familia. Casi no podía creerlo y a punto estuvo de gritar de alegría. La expresión de su tío reflejaba más tristeza que alegría.

-Es una bonita y triste historia la que nos cuenta, Don Alonso. Si le parece bien continuaremos con ella más tarde. Ahora me gustaría saber dónde nos alojaremos para poder encadenar a los esclavos y darles algo de comer. No quiero que el duque los rechace por desnutridos, ya me entiende.

-Sí, claro. Aquí a la derecha están los establos. Puede usted atarlos a las argollas que hay en la pared. Sus hombres dormirán con ellos también. Ahora mandaré que les traigan un poco de sopa con pan. Su hija y usted se quedarán en mi casa; dormir una noche en una cama les vendrá bien después del largo viaje.

-Muchas gracias por su oferta, Don Alonso, pero creo que mi hija y yo dormiremos también en el establo. No quisiera molestarles...

-¡Ni hablar! Ustedes se quedarán en la casa, no puedo consentir que mis invitados

duerman en el establo. Además tiene usted mucho que contarme. Siempre quise viajar a Granada desde que me enteré de su conquista por los reyes católicos y nunca pude hacerlo; usted me contará cómo es aquella ciudad.

-Si se va a poner usted así nos alojaremos en su casa y responderé encantado a todas sus preguntas.

-No se diga más. ¡Cenarán y dormirán en mi casa! A los establos se va por esa puerta. Instale a sus hombres y esclavos y vengan al salón; allí les estaremos esperando.

Toda la compañía entró en silencio a los establos siguiendo a Fernando que sabía muy bien a dónde iba; al final de las cuadras había un recodo que les daba cierta intimidad para hablar. Habían llegado, por azares del destino, a la casa donde se encontraba el tesoro. Aquello no cambiaba el plan pero lo facilitaba bastante. Al menos eso creían.

-Seguiremos con lo planeado. Intentad descansar un poco, todavía faltan unas horas para que entremos en acción. Cuando toquen a rebato y hayan salido los caballeros del pueblo, bajaremos al pozo. Una vez tengamos el oro, saldremos por la puerta e iremos al punto de encuentro todos juntos. No podemos cometer errores

-Fernando buscó la mirada de todos y, uno a uno, fueron asintiendo con la cabeza.

Tío y sobrina salieron para la casa donde les esperaban. Se dirigieron al salón donde les aguardaba Alonso con su esposa, de nombre Isabel, y con el joven Juan. Se sentaron alrededor de una gran mesa rectangular cargada de comida y Alonso presentó a su esposa a los invitados.

-Aquí, Fernando y su hija Catalina. Vienen desde Granada para traer un buen cargamento de esclavos para el duque, aunque quizás uno o dos se quedan en Bejer antes de tiempo –dijo Alonso guiñando un ojo a Fernando con una sonrisa en sus labios-. Pasarán aquí la noche antes de continuar mañana hasta Sanlúcar.

Isabel les dio la bienvenida retirándose el manto de la cobija que ocultaba su rostro. Aysha imitó su gesto y, al retirar el velo, los rizos morenos de su pelo se deslizaron por los hombros y su cara quedó al descubierto. La cuchara de Alonso resbaló de entre sus dedos cayendo ruidosamente hasta el plato de sopa. Todos le miraban; el viejo quedó mudo al contemplar el rostro de Aysha. Parecía como si fuera a decir algo pero su boca no emitía sonido; era como si un fantasma se le hubiera aparecido, un rostro perdido pero no olvidado. Fernando siguió la mirada de Alonso hasta su sobrina y supo que les había descubierto. “¿Cómo puedo ser tan estúpido?”, se preguntaba a sí mismo una y otra vez. Aysha era la viva imagen de su abuela, la madre de Fernando. Eran como dos gotas de agua, la única diferencia que existía entre ellas era el dorado color de la piel de su sobrina. Recordó cómo de niño veía a su padre bromear con Alonso porque había conseguido arrebatarse a su pretendida y éste le respondía siempre ofendido: “Si no fuera porque eres el hijo del alcaide se habría quedado conmigo”. Ahora contemplaba a su sobrina y era como si estuviera viendo a su madre de joven. Aysha, por su parte, no sabía a qué era debido aquel silencio pero veía la preocupación en la cara de su tío. Alonso, volviéndose hacia Fernando, comenzó a decir:

-¿Qué pasó en esta casa para que desaparecierais todos de golpe, Martín? -Éste quiso poner cara de no entender lo que Alonso decía pero el viejo le paró con la mano antes de que dijera nada. -Te reconocí nada más verte. Eres la viva imagen de tu padre. Han pasado tantos años que pensé que eran cosas mías, tal vez una mala jugada de la memoria. Pero ahora, al volver a estar frente al rostro más bello que jamás vi en mi larga vida, me he dado cuenta de que eras tú. Tu hija es la viva imagen de tu madre.

-He de reconocer que tienes buena memoria, Alonso. En realidad ella es la hija de mi hermana Catalina y, sí, es cierto que son prácticamente iguales. Cuando llegamos a Bejer rezaba porque nadie nos reconociera. No quería que el duque o sus colaboradores supieran que Martín Fernández había vuelto a la villa; estoy seguro de que si se enterara nos mandaría ejecutar al momento. La noche en la que huimos, un grupo de soldados de Don Enrique entró en casa en silencio y fueron directamente a los dormitorios. Su misión era simple: acabar con la vida de los Fernández. Mi hermana y yo estábamos en el establo asistiendo a una yegua que estaba pariendo y no fuimos conscientes de lo que ocurría hasta que escuchamos los gritos de mi madre. Aprovechando que no nos habían visto salimos por la puerta de atrás y huimos a Granada, lejos de los dominios del duque. Con los años y tras la conquista, empezamos con el negocio de esclavos y a ésto nos dedicamos -Fernando pensó que Alonso no tenía por qué saber nada sobre el tesoro y sus verdaderas intenciones.

-¡Ese bastardo siempre hizo lo que le dio la gana! Se lo dije a tu padre muchas



veces: “No te enfrentes al duque tú solo o lo pagarás caro”; pero a Gonzalo le hervía la sangre cada vez que se enteraba de que Don Enrique había arrendado otro pedazo de las tierras del común; o que había metido cien cabezas de ganado en otro. Entonces ni corto ni perezoso se iba a Sanlúcar él solo a discutir con el duque. No era un hombre al que le amedrentara un título nobiliario. Al fin y al cabo era el alcaide de Bejer y tenía que velar por los intereses de sus convecinos.

Durante la cena siguieron hablando sobre las injusticias que los habitantes de las tierras del Ducado tenían que soportar. El joven Juan parecía conocer todos los abusos que cometía el duque pues contaba las historias demostrando un efusivo desprecio hacia éste. Terminada la cena, Fernando y Aysha querían retirarse para descansar un poco antes de comenzar con la segunda parte del plan. Se despidieron de sus anfitriones y fueron directamente a sus aposentos. Antes de que Fernando entrara en su dormitorio, el viejo Alonso lo cogió por el brazo y le instó para que le acompañara. Se dirigieron hacia un pequeño cuarto donde su padre se solía reunir para tratar temas de negocios o del cabildo. El viejo lo había mantenido igual y le daba el mismo uso que su padre.

-Por suerte este cuarto permaneció fuera del alcance de las llamas -dijo Alonso señalando el viejo mobiliario y los barriles que Gonzalo guardaba allí. -Toma asiento, te serviré una copa del viejo aguardiente de vino que hacía tu padre.

Fernando se sentó en aquella vieja silla y vio cómo Alonso cogía dos copas del mueble donde siempre habían estado guardadas. Caminó hasta los toneles e introdujo la

venencia para sacar de uno de ellos aquel licor ámbar que brillaba al caer hasta la copa. Una vez servido, entregó una a su invitado y después se sentó al otro lado de la mesa escritorio.

-Puede que creas que soy un viejo chocho -comenzó diciendo Alonso-, pero lo cierto es que la cabeza me funciona todavía bastante bien. Sé que no eres tratante de esclavos. Conozco a unos cuantos y ninguno de ellos trata tan bien como tú a los tuyos -Fernando fue a decir algo pero Alonso le silenció con la mano-. No me importa qué asunto te trae de nuevo hasta Bejer, te ayudaré en lo que pueda. Tu padre me apoyó siempre que lo necesité y es una deuda que tengo con tu familia.

El joven Juan escuchaba escondido tras los toneles de vino aquellas palabras. Él también se había dado cuenta durante la cena de que algo no encajaba y quería saber lo que era.

Por su parte, Fernando tenía que pensar algo y rápido. Alonso le había descubierto y no podía confesarle el verdadero motivo por el que estaban allí. El tesoro estaba en la que ahora era su casa. ¿Y si ya lo habían encontrado? Aquella idea pasó por su cabeza fugazmente y se le cayó el alma a los pies. Pero no podía ser; el modo de vida que llevaban no era el de alguien que tuviera tales riquezas, eso se veía a simple vista. Descartada esta opción, Fernando se relajó, le dio un largo sorbo a la copa saboreando aquel aguardiente y se inventó una historia de venganza que bien podría darse.

-Alonso, en ningún momento he pensado que chochearas. Y, ya que me has

descubierto, te contaré el verdadero motivo por el que estamos aquí. La noche que mataron a mis padres, mi hermana y yo nos juramos que algún día volveríamos para vengarles.

-No te consolará saber que la muerte de tu padre fue en vano. Todos supimos con certeza lo que había pasado con tu familia. El duque, de forma extraoficial, se encargó de hacer correr el rumor de que había sido él quien había quemado vuestra casa. El motivo ya lo conocíamos todos: las protestas de tu padre por la ocupación de las tierras de los comunes. Después de esto no paró, siguió ocupando tierras e imponiendo impuestos que nunca se habían pagado. El malestar desde entonces ha sido generalizado pero nadie se atreve a protestar.

-Aquel mismo día mi padre nos dijo que a la mañana siguiente saldría hacia Toledo para hablar personalmente con el rey Enrique IV. Los vecinos de Bejer no tenían por qué pagar por unas tierras que les pertenecían. Pero el duque se le adelantó y le mató antes de que pudiera hacer nada. Y de no ser porque mi hermana y yo estábamos fuera habríamos corrido la misma suerte.

-Lástima que no se fuera a tiempo. Tal vez el Rey hubiera intercedido por nosotros; todavía estábamos en la frontera y teníamos a nuestros caballeros a su servicio, incluido tu padre. ¡Estos nobles siempre se han creído los dueños de todo, no se dan cuenta de que sin nosotros no son nada! Siempre quieren más y más. No se podía conformar con las almadrabas, no, tenía que cobrar por unas tierras que no eran suyas.

-Poco le queda ya de vida a ese duque -Fernando comenzó a narrar su falso relato-. Mañana seguiremos nuestro camino a Sanlúcar. Una vez que estemos dentro del pueblo buscaremos fonda y por la noche entraremos al palacio para matar a Don Alonso.

-¡Eso es una locura! En aquel castillo hay más vigilancia que en la corte de Toledo.

-No será ningún problema. Uno de mis hombres trabajó durante años al servicio del anterior duque. Él conoce un acceso subterráneo al interior del castillo. Los detalles de todo lo demás te los ahorraré, no merece la pena perder el tiempo hablando de ello.

Juan, emocionado por lo que escuchaba, se removió en su escondrijo y golpeó una tabla haciéndola caer. El viejo dio un salto de la silla y corrió para ver qué había pasado. Con el candil alumbró tras los toneles y descubrió allí a un avergonzado muchacho.

-¡Sal de ahí inmediatamente! ¡¿Cómo te atreves a escuchar lo que no debes?!

-Alonso parecía estar más decepcionado que enfadado.

-No recrimines al chaval -salió Fernando en su defensa-. Yo utilizaba el mismo rincón para escucharos a mi padre y a ti cuando tenía su edad. Sal de ahí muchacho, no te pasará nada.

-Lo siento mucho -dijo Juan saliendo cabizbajo de su escondite-. Juro por mi vida que jamás diré nada de lo que he escuchado.

-Por mi parte no hay problema, sé que nuestro joven amigo sabrá guardar un secreto -dijo Fernando a la vez que guiñaba un ojo al chaval-. Alonso, ¿por qué no pones una copa a nuestro nuevo invitado?

El viejo rió y puso un poco de aguardiente en otra copa que dio a Juan. Este, nervioso por la situación que acababa de vivir, dio un largo trago y comenzó a ponerse rojo y a toser. Fernando y el viejo comenzaron a reírse rompiendo cualquier tensión que pudiera quedar. Tomaron una copa más mientras Alonso contaba a Fernando cómo habían transcurrido las cosas en el pueblo desde que él se fuera. El joven Juan escuchaba atento las palabras de Alonso y las del invitado. Decían que la mejor forma de acabar con aquello era acabando con el Ducado. Entonces Juan les sorprendió diciendo que no estaba de acuerdo con ellos: lo mejor era poner de acuerdo a todos los vecinos del pueblo y enfrentarse juntos al duque. Discutieron sobre ello mientras terminaban el aguardiente y después se despidieron hasta el día siguiente.

Fernando entró en el cuarto con un ligero mareo. Allí le esperaba Aysha sentada en la cama. Una vez que estuvieron solos empezaron a comentar las nuevas circunstancias de la operación.

-Deben faltar unas horas para que los turcos entren en Conil –Fernando hablaba en voz muy baja-. Tenemos que intentar estar en el aljibe del tesoro antes de que empiece todo. Bajaré con uno de mis hombres. Tú esperarás aquí en tu cuarto hasta que suenen las campanas, después bajarás preparada para la huida.

-¿Qué pasará con Alonso y su familia? –preguntó Aysha.

Fernando imaginaba que Alonso, por su avanzada edad, no iría al rebato. Por lo tanto estaría en la casa cuando tuvieran que sacar el tesoro. Sabía que por muy amigo de

la familia que fuera, no permitiría que se llevaran de su casa todo ese oro sin quedarse una parte.

-Si no nos deja marcharnos tendremos que tomar medidas drásticas –continuó Aysha mirando a su tío a los ojos-.

-No podría permitirlo –dijo Fernando negando con la cabeza-, ese hombre merece un final mejor. Siempre tuvimos un buen trato con él y su familia. Son gente llana y humilde que han cuidado bien de los suyos, incluso de los esclavos.

-Está bien, tío, pero tendrás que pensar algo para que eso no ocurra.

-Seguro que con un buen puñado de oro se conformará. -Fernando se levantó de la cama donde estaban sentados y dijo- Será mejor que descansemos un poco. Llevamos mucho tiempo sin dormir y no sabemos cuándo volveremos a hacerlo.

Cada uno ocupó su colchón de lana y cerraron los ojos. Pronto, a pesar del torrente de pensamientos que daban vueltas en las cabezas de ambos, el sueño se apoderó de ellos. Dos horas más tarde Fernando se despertó y salió de la habitación por la ventana sigilosamente. Bajó al patio saltando a un techo más bajo y se dirigió hacia los establos. Allí le esperaban sus hombres preparados. Sin mediar palabra señaló a uno que ya tenía unas sogas preparadas e hizo un gesto a otro con la cabeza para que le siguiera. Al abrir la puerta del pozo, la bisagra emitió un ligero chirrido que pareció detener el tiempo. Todos se quedaron paralizados esperando un eco diferente por respuesta pero el silencio fue lo único que se escuchó. Fernando ató la cuerda al travesaño superior y

bajó hasta el aljibe; empujó la losa y ésta giró. Entró a gatas por uno de los huecos y encendió el candil de sebo que llevaba preparado: todo seguía tal y como Catalina y él lo habían dejado tantos años atrás. Sin más dilación cogió el primer saco y lo llevó hasta la boca del pozo, lo ató fuertemente a la cuerda y rápidamente lo subieron. Hizo lo mismo con el resto sin entretenerse ni un momento. Por fin ató el último, el que contenía las piedras preciosas. Cuando ya lo subían, se dio la vuelta y fue a por las dos cimitarras que quedaban bajo los sacos. Las contempló durante un instante admirando su belleza bajo la tenue luz de la lámpara, las envolvió en una manta y se las amarró a la espalda. Volvió a la oscuridad con un soplido, se encaramó a la cuerda y subió hasta la boca del pozo. Sigilosamente abrieron la puerta, que volvió a emitir aquel sordo chirrido, pero esta vez no se pararon a escuchar.

El joven Juan se había despertado la primera vez que abrieron la puerta. La segunda vez que la escuchó, se levantó. Desde la penumbra pudo ver cómo dos hombres salían del pozo cargando unas grandes y pesadas sacas de su interior. Las llevaron hasta el establo y volvieron de nuevo sacando otras dos iguales a las anteriores. Por último, vio salir a Fernando cargando otra saca y cerrando la puerta a su espalda. Éste miró a su alrededor pero no vio al chaval que le observaba tras una ventana. Fernando entró en el establo y cerró la puerta. Juan no entendía qué podía estar pasando pero sabía que aquello no era muy normal. Silenciosamente fue hasta el cuarto de Alonso y le despertó.

-¿Qué te pasa, Juan, no puedes dormir? -el viejo se incorporó y se sentó en la cama.

-Alonso, tiene que venir a ver una cosa –Juan estaba muy nervioso-. Acabo de ver a Fernando con dos de sus hombres sacando unos sacos del pozo.

-¿Qué estás diciendo, Juan? –Alonso, todavía adormilado, no entendía lo que le estaba diciendo.

Se levantó de la cama y salió de la habitación con el chaval. Este condujo al viejo hasta la cocina y allí le contó todo lo que había presenciado desde la ventana. Alonso no imaginaba qué podía ser aquello que sacaban del pozo pero enseguida se dio cuenta de que algo muy importante debía ser para que Fernando se arriesgara a volver a Bejer. Fue hasta la habitación de los invitados para ver si la chica seguía allí. Entreabrió la puerta lentamente y la vio tendida sobre la cama durmiendo profundamente. Cerró con mucho cuidado y volvió a la cocina donde le esperaba Juan.

-La chica sigue durmiendo –dijo al joven-. No sé qué tramarán pero no me gusta nada. Quédate vigilando el establo y al mínimo movimiento me avisas. Yo estaré en el cuarto de enfrente del de la chica, dejaré la puerta abierta. Avisa a Isabel y dile que se encierre en el dormitorio.

Alonso intuía que algo grave estaba a punto de pasar. ¿Cómo podía haber sido tan tonto?! ¿Qué habría dentro de esos sacos? Sólo podía ser algo por lo que jugarse la vida. Entonces recordó que el día que empezaron a reconstruir la casa, cuando fue a sacar el primer cubo de agua, vio que la soga estaba atada al travesaño; le extraño mucho y se asomó, no vio nada raro y no le dio más importancia hasta ese día. Sabía que otros



vecinos del pueblo habían encontrado pequeños tesoros árabes escondidos en sus casas. Tesoros que aparecían al tirar una pared o al cavar un arriate. Seguro que Martín había venido buscando uno de ellos. ¿Qué podía hacer él? Sólo era un viejo acompañado de un adolescente. Si por lo menos estuviera con ellos su hijo... Pero ellos eran once hombres fuertes y seguramente bien armados. Salió de su escondite y fue a la bodega donde guardaba su espada, su ballesta y un viejo arcabuz que usaba en las incursiones de los moros del reino de Granada. Se pertrechó de munición y cargó las armas. Después volvió al dormitorio para vigilar la puerta de Aysha, se sentó en la penumbra y esperó a ver qué sucedía.

Pasaron dos largas horas durante las que Alonso esperó sentado frente a la puerta sin que ocurriera nada. Transcurrido este tiempo comenzó a sonar una campana incesantemente; después otra y otra más. Reconocía aquella llamada perfectamente: estaban tocando a rebato. El viejo estaba desconcertado. Era demasiada coincidencia, estaba convencido de que la visita de Fernando estaba relacionada con aquella alarma. Al instante apareció de nuevo Juan en el cuarto para informar a Alonso.

-Están tocando a rebato -dijo el chico en voz baja-. En el momento que han comenzado a sonar las campanas, han empezado los movimientos en el establo. Parece como si lo estuvieran esperando.

-Toma, Juan, ya tienes edad para manejar uno de éstos -dijo Alonso entregando el arcabuz al chico-. Ten cuidado y apunta siempre hacia adelante. Vamos a entrar a buscar

a la chica. Ahora estoy convencido de lo que han venido a hacer -sin mediar más palabras el viejo se levantó de la silla y fue directo hacia la puerta.

Abrió y descubrió que Aysha estaba levantada y dispuesta a salir por la ventana. Sorprendida en su huida se quedó inmóvil sin saber muy bien hacia dónde ir; hacia fuera tenía una caída de varios metros y hacia dentro dos hombres que la amenazaban con sendas armas.

-¡No te muevas de donde estás! -dijo Alonso amenazante-. Juan, si se mueve dispara.

-¡No! No dispares -dijo Aysha volviendo a entrar en el dormitorio-. No voy a huir.

-Ya puedes empezar a contármelo todo si no quieres terminar aquí tus días. ¿A qué habéis venido?

-Hemos venido a recuperar lo que nos pertenece -dijo Aysha secamente-. Hace años mi familia lo perdió todo por defender los derechos del pueblo ante el Duque sin que nadie hiciera nada por nosotros. Aquella noche mi madre y mi tío descubrieron un tesoro en el pozo. Hoy venimos para llevárnoslo.

-¿Y el rebato? No me dirás que es una casualidad.

-No, no lo es. Ahora mismo en Conil hay cuatro fustas con más de doscientos hombres, además de otros once en el establo de esta misma casa. Más vale que me deje en libertad si no quiere sufrir las consecuencias -Aysha, abandonando su papel de Catalina, intentaba convencer al viejo a costa de la seguridad de este.

-Mi hijo está esta noche en Conil. ¿Acaso me garantizas que no le pasará nada? Por no hablar de otros muchos parientes que tenemos allí. -Alonso se acercó hasta la ventana mientras Juan encañonaba a Aysha con el arcabuz y gritó: -¡Martín, Martín! Aquí tengo a tu sobrina. Si quieres que siga con vida sal al patio para que podamos hablar.

-No le hagas daño, Alonso -dijo éste saliendo del establo-. Pídeme lo que quieras pero no le hagas daño.

Las campanas sonaban incesantemente y en la calle el bullicio cada vez era mayor. Los cascos de los caballos resonaban en los adoquines por todas partes. Los caballeros de Bejer estaban saliendo en auxilio de sus vecinos conileños por la puerta de la villa. Desde lo más alto del castillo podía verse el reguero de teas incandescentes y parpadeantes que se enfilaban hacia la costa. Al fondo, en el horizonte, se divisaba la silueta de una gran columna de humo iluminada en su base. Debajo de ella estaba su destino.